

R I C A R D O M I R O

Nació en Panamá, el 5 de Noviembre de 1883. Hacia fines del siglo marchó a Bogotá, a emprender estudios de pintura, estudios que la revolución del 99 le obligó a interrumpir. Se inició literariamente en "El Heraldo del Istmo", el año de 1904. Luego —1907— fundó "Nuevos Ritos", una de las más importantes revistas literarias de Panamá. Al año siguiente se le nombró Cónsul en Barcelona, donde vivió hasta 1911. Fué Director de los Archivos Nacionales (1919-27) y Secretario Perpetuo de la Academia Panameña de la Lengua, desde el año de 1926. En 1921 viajó a Lima, como miembro de la delegación panameña a las fiestas del centenario de la independencia del Perú. Murió el 2 de Marzo de 1940.

Considerado el más alto exponente de la poesía panameña, es, sin embargo, dueño de una obra novelesca no carente de interés. Sus cuentos no han sido coleccionados.

Obra: Preludios.—1908.
Los Segundos Preludios.—1916.
La Leyenda del Pacífico.—1919.
Flor de María.—1922.
Versos Patrióticos y Recitaciones Escolares.—1924.
La Leyenda del Pacífico.—1924.
Caminos Silenciosos.—1929.
El Poema de la Reencarnación.—1929.
Antología Poética.—1937.

EL JESUS MALO

El motor del bote se desataba en ecos que se desvanecían misteriosamente por rutas invisibles, a través de la espesa vegetación de las riberas vírgenes del río. De rato en rato, alguna garza asustadiza ponía su fugitiva blancura como una nota de luz sobre el lila sombrío del paisaje crepuscular. Ni una choza, ni un ladrido lejano, ni una columna de humo que dijera de vida sobre las márgenes lujuriosamente verdes. De pronto, en una revuelta del río, Roberto divisó una piragua que remontaba las aguas, precediéndolo al borde de la ribera opuesta. El bote subía rápidamente entre encajes de espumas que le lamían los costados, y pronto Roberto pasó frente a la piragua. La tripulaban un hombre y dos mujeres, y ante la velocidad del bote automóvil, parecía bajar arrastrada por la corriente. Roberto tuvo

lastima y cruzó el río hasta quedar al habla con ellos. Eran un matrimonio y una hija.

—Buenas tardes, amigo,—saludó Roberto.

—Buenas tardes, señor—respondió el campesino.

—¿Van ustedes muy lejos?

—A Río de Jesús, a la fiesta.

—Yo también voy para allá. ¿Quieren ustedes venir conmigo?

Hubo un largo silencio durante el cual los campesinos se miraron unos a otros sin hallar respuesta. El respeto al señor y el miedo hacia esa embarcación que se movía sin velas y sin remos, los contuvo, pero Roberto insistió:

—Vengan conmigo sin ninguna pena. La piragua la amarraremos atrás y ya verán cómo dentro de una hora estaremos en el puerto.

—Pero eso es mucho trabajo..., insinuó tímidamente el hombre.

—No crea usted, no crea. Al contrario, me harán un favor acompañándome. Y Roberto atracó el bote al lado de la piragua.

El trasbordo se hizo con rapidez ya que la familia no portaba como equipaje más que un lio atado a la punta de una rama seca. La piragua fué amarrada a la popa del bote y el motor funcionó de nuevo, con gran extrañeza de los nuevos pasajeros.

Instalados todos, Roberto echó una mirada de curiosidad sobre sus improvisados amigos y quedó encantado, porque mientras el hombre era uno de aquellos campesinos que en el corazón de nuestras montañas han conservado intacto, a despecho de los años, el puro tipo de los conquistadores, y su mujer era una chola como cualquiera de las nativas de nuestros campos, la hija era un preciosísimo ejemplar de esas mujeres andaluzas que nos deslumbran y nos cautivan desde las rejas de sus viviendas cuando pasamos por las calles de Granada, de Málaga o de Sevilla. Morena ligeramente, con unos ojos grandes, serenos, tropicalmente soñadores y defendidos por unas largas pestañas negras, imposible de haber sido adivinada bajo las alas de su ancho sombrero campesino que había dejado a sus pies para arreglar y sacudir su larga cabellera negra. Y al erguirse y echar la cabeza hacia atrás había mostrado un busto firme, mórbido, y una cintura elástica, como torneado todo frente a la dura piedra de moler maíz, en los largos y aburridores días de la montaña...

—¿La señorita es hija de usted?—preguntó Roberto, respetuosamente.

—Sí, señor.

—Pues lo felicito, porque tiene usted una hija muy bonita.

—Es un favor que usted le hace, señor —musitó el hombre, mientras la muchacha se encendía en granas de rubor.

—¿De qué pueblo son ustedes?

—Del Guarumal de la Montaña.

—¿Y bajan con frecuencia a Río de Jesús?

—Sí: yo bajo todos los años, para la fiesta; pero Rosalía viene al pueblo por primera vez.

—Vamos a beber un trago a la salud de Rosalía. Y Roberto sacó de una pequeña alhacena dos vasos y una botella de whisky.

El campesino se sirvió por su propia mano un trago que compartió con su esposa.

—¿Rosalía no bebe? —inquirió Roberto, sonriendo.

—Todavía no —respondió ella, roja de vergüenza.

—Entonces, ¿qué te regalo a tí?

—A mí... Nada. Y al pronunciar esta palabra Rosalía fijó sus grandes ojos en un hermoso pañuelo de seda roja que Roberto llevaba atado a la garganta.

—Dile a tu novio que te lo regaló un amigo de tu papá.

—Yo no tengo novio —rectificó ella, azorada.

—¿Que no tienes novio tú, siendo tan linda?

—No tengo novio... Nunca he tenido novio... No le gusto a nadie.

Roberto sonrió maliciosamente y dirigió al descuido una mirada sobre los padres de la muchacha. El campesino parecía dormir, ligeramente reclinado sobre la borda del bote, y la chola se mantenía impertérrita, hierática, con esa actitud única de la gente del campo cuando se halla en sociedad de personas que juzga de una clase superior, y Roberto, entonces, acercándose a Rosalía, con mimo, con dulzura, muy suavemente, le preguntó:

—¿Y si yo quisiera ser tu novio?

—¿Usted?

—Sí, yo... ¿No me aceptarías?

—Yo no sé... Usted sabe...

A lo lejos, sobre la margen izquierda del río, aparecieron unas cuantas casas de paja: era el puerto.

Envuelto entre la plata de aquella maravillosa noche de luna en que las estrellas parecían haber padecido de anemia, Roberto avanzaba por la carretera al paso femeninamente voluptuoso de su caballo del Rimac. Entre las bocanadas de humo de aromático cigarro palmeño, veía el rostro radiante de Rosalía cuando al separarse, en la tarde, había venido hacia él y toda turbada y ruborosa le había dicho:

—Este mango se lo manda mamá, éste papá y este otro —un mango pequeñín sonrosado como una manzana y fresco y perfumado como una rosa en el amanecer—, se lo regalo yo.

—Gracias, Rosalía —había dicho Roberto, mientras le oprimía una mano fría de emoción. Y había agregado:

—¿Te veré esta noche, Rosalía?

—Si usted quiere...

—¿Y qué me prometes?...

—No sé... Lo que usted quiera...

—Y lo nuevo de aquella rústica ingenuidad encantadora, impresionó al joven ingeniero, acostumbrado a tratar mujeres de mundo, artistas y bailarinas, profesoras de engaño y coquetería.

Poco a poco se fué haciendo perceptible la voz de los tambores que llamaban al baile, y al fin, tras una revuelta del camino, Roberto divisó las primeras luces del pueblo. Azuzó la cabalgadura y un momento después echaba pie a tierra ante el portal de la casa donde se hospedaba.

—Buenas noches, don Goyo. ¿Dónde está la gente de la casa?

—Bien, don Roberto, buena hora de venir a comer, ¿eh?

—Que quiere usted, abuelo: me encontré una muchacha lindísima y usted sabe que donde tropiezo con una mujer me varo.

—Hasta que te quedes varado para siempre como yo.

—Por eso, por eso hay que aprovechar el tiempo, don Goyo.

—Tienes razón, hijo. Yo también hice lo que pude, mientras pude.

—Y si viera usted la pollita que me he encontrado hoy.

—¿Sabes lo que te digo?, que cuando uno tiene mi edad llega a la conclusión de que dentro de una relatividad inteligentemente usada todas las mujeres valen lo mismo. Todo depende del momento de nuestra vida en que encontramos a unas y a otras.

Pero mientras a ti te llega la época en que puedas apreciar esto, vente a comer, que, en resumen, es lo único que al final de todo nos queda como verdadera felicidad, cuando no hemos echado a perder nuestro estómago.

—Me gusta su filosofía; pero mientras hay ocasión de discutir la vamos a comer.

—Mientras yo viví en España nunca comí. Cené a las once o doce de la noche, generalmente bien acompañado; pero desde que me vine a América y me metí en este pueblo aprendí a comer a las cinco de la tarde.

—En fin, me acompañará usted y hablaremos de Rosalía.

Y viejo y joven se sentaron a la mesa, el uno frente del otro.

—Es el único vicio que no he olvidado —comenzó don Goyo, sirviéndose un vaso de vino.

—No sé qué me gusta más, si el vino o las mujeres.

—Eso está bueno para tí que puedes escoger.

—Si viera usted a Rosalía...

—Vamos a ver: ¿de qué campo es la muchacha?

—Del Guarumal de la Montaña.

—Del Guarumal... del Guarumal... —repitió don Goyo, haciendo memoria.

—El padre es blanco, de ojos de color acero y barba de Jesús de Nazareno.

—¿Barba de Jesús de Nazareno y del Guarumal?

—Sí... ¿Y qué tiene eso; de qué se sorprende usted?

—Mira, que creo que lo mejor que puedes hacer es olvidarte de que has visto a Rosalía.

—¿Olvidarme de Rosalía yo? Qué fácilmente dice eso usted, amigo.

—Pues peor para ti, porque eso te traerá un serio disgusto.

—No me explico por qué.

—Oyeme. El padre de Rosalía, ese que tú has hallado parecido al Nazareno es el hombre más temido de estas regiones. Ha matado de mala manera a dos hombres y no ha matado más, porque ellos no se han querido morir, pero él ha hecho todo lo posible por conseguirlo. Hace dos años, para la fiesta, le cortó las orejas a un individuo, porque dijo que había oído decir no sé qué cosa.

—Para que más nunca diga lo que no le importa— dijo. Y echándole las dos orejas ensangrentadas a su perro...— Conque...ya sabes.

Roberto se palpó instintivamente la oreja derecha y se quedó pensativo un rato.

—¿A ver?, ¿qué resuelves?

—Esto —dijo Roberto— apurando el vaso de vino y llenándolo nuevamente hasta el borde.—Y agregó:—Cuando yo tengo en la cabeza una idea, entre pecho y espalda un poco de vino y en la cintura un revólver colt con seis cápsulas calibre 44, realizo lo que quiero. Me gusta Rosalía y ella parece que gusta de mí. Si eso es verdad, ya veremos quién gana. Y Roberto apuró nuevamente el contenido del vaso.

—Mi café —reclamó. Es tarde y hay que divertirse un rato.

—¿Así es que vas a buscar a Rosalía?

—Naturalmente.

—Entonces, si quieres oír un buen consejo, haz antes tu testamento.

—Ya veremos, don Goyo, ya veremos si es tan fiero el león.—Y poniéndose en pie, agregó riendo: —Y ahora, a hacerme la toilet.

* * *

La taberna estaba llena de gente campesina, hombres y mujeres, que se divertían. El vaso de aguardiente corría de mano en mano y de boca en boca hasta quedar concluido y los "socabones" lanzaban al viento el melancólico gemido de sus cuerdas de tripa. De pronto, sobre la vocinglería de la gente ebria, se alzó una voz masculina para cantar una copla improvisada. Era El Jesús Malo, el padre de Rosalía, que gozaba fama de buen cantador:

*Tengo un cielo, una montaña
un caballo, un perro, un río.
Yo no sé cómo lo tuve
sólo sé que todo es mío.*

Un mocetón fornido y repugnante se cuadró delante de El Jesús Malo. Los ojos sangrientos y el rostro hinchado del sujeto denunciaban su afición a las bebidas alcohólicas. Le llamaban el Ñato y era famoso por sus fechorías en la comarca. En la tarde había tenido un pequeño roce con Jesús por Rosalía. Y el Ñato cantó:

*Yo no grito ni hago bulla
ni tengo casa, ni nada.
Apenas tengo una puya
muy buena y muy afilada.*

El Jesús Malo clavó en el Ñato una mirada de odio, y el incidente quedó cortado por la aparición de un nuevo vaso de aguardiente de boca en boca.

—¡Qué cante Rosalía!—gritó uno.

—¡Qué cante, que cante!—repitió el coro.

Y Rosalía se levantó del sitio que ocupaba, con los ojos un poco brillantes, aunque tristes, y las mejillas y los labios encendidos. Su padre se cuadró frente a ella y registró la vihuela para dar el tono a la muchacha, y Rosalía, con una voz dulcísima y tierna, con una voz de paloma torcaza, llena de melancolía montañesa cantó:

*Queréis que cante y responde
a vuestra voz un lamento...
Yo tenía un pensamiento
y hoy se me fué no se dónde...
No tengo calor, ni frío,
ni un anhelo, ni un dolor...
Me siento como una flor
arrastrada por un río...*

Aclamaciones y aplausos apagaron el eco de la voz dulcísima de Rosalía que acabó el último verso casi sollozando, casi suspirando al oído de los campesinos, locos de entusiasmo. El Ñato brindó por ella, mientras la veía con una mirada ávida y asustadora de gato montés.

—¡Qué cante, que cante!—repitió el otro.

Y Rosalía cantó de nuevo:

*Que extraño lo que yo siento:
un dolor una alegría,
una honda melancolía,
mezcla de pena y contento;
y no sé si esto es gozar
o si esto será sufrir
porque tengo que reír
por no romper a llorar...*

Por sobre la explosión unánime de entusiasmo, se oyó la voz de El Ñato que vociferó:

—Eso es una cosa linda, amigo —mientras que su áspera mano oprimió entre los dedos la preciosa barbilla de Rosalía.

Rápido como un relámpago, el machete de El Jesús Malo describió en el aire un círculo de luz y fué a caer de plano, furiosamente, en la espalda de El Ñato, que rodó en tierra como un fardo. El Jesús Malo se abalanzó sobre su presa, pero una docena de bra-

zos intervinieron, mientras El Nato se levantó prestamente y se puso en fuga.

Cuando el Malo logró desasirse de las manos que lo sujetaban, se encontró frente a frente de Roberto, que lo miraba pálido de emoción. Hacía rato que desde la sombra del portal se deleitaba oyendo a Rosalía, y ante el insolente ultraje que le infirió El Nato, saltó como movido por un resorte para vengarlo él, personalmente; pero la rapidez con que procedió El Jesús Malo y la proximidad de la tragedia, lo dejaron paralizado en el centro de la sala. El Malo al verlo, exclamó regocijado:

—¡Viva el blanco decente!

Y luego, como pudiera hacerlo un gallo que triunfa sobre su contendor, cantó:

*Me quito ante usted el sombrero
y hasta doblego la frente,
porque es usted caballero
y simpático y valiente.*

Y continuó:

—Vamos a beber ahora un trago con Rosalía, porque quiero corresponder a usted lo que hizo hoy conmigo. Y sepa usted que al que lo mire a usted mal, le corto una oreja, porque yo soy agradecido. Y golpeando fuertemente de plano sobre el mostrador, ordenó con imperio:

—¡Aguardiente!

—Lo que yo hice hoy no vale la pena —dijo Roberto por decir algo, mientras sonreía nerviosamente.

—¿Qué no vale nada? ¿Usted no sabe que a mí nadie me puede ver? Usted es la única persona que me ha hecho un favor hace muchos años; pero yo también me sako el clavo con el que me quede a mano. A ese perro cobarde que le acabo de dar un planazo, le presto la mano hasta mañana... Porque vea, don Roberto, la única persona que yo quiero en el mundo es Rosalía, y al que le pone la mano encima se la corto.

Roberto palideció ligeramente, mientras el Jesús Malo se volvió.

—Rosalía: venga usted acá.

Trémula de emoción y encendida de vergüenza, la linda muchacha llegó hasta el lado de su padre, sin levantar los ojos.

—Ya lo ves, Rosalía: ahí está, él, ahí está... Salúdalo.

Rosalía murmuró algunas palabras imperceptibles, sin levantar los ojos.

—Está usted triste, Rosalía —inquirió Roberto.

—¿Triste?... Sí triste —replicó el Malo; y luego, cambiando de tono, continuó:

—Vea, blanco, voy a ser franco con usted: Esta muchacha no ha sido triste nunca; pero desde que lo vió a usted, no hace más que estar pensando, suspirando y... hasta llorando, blanco. ¡Qué diablos! Yo no he criado a mi hija para estos perros, pero... usted es un hombre decente y yo lo quiero.

Hubo un breve momento de meditación y el Malo continuó:

—Vea don Roberto, oiga lo que le digo: ¡Llévese a la muchacha, pero me la devuelve mañana temprano, porque la necesito para que me muela el maíz!

G A S P A R O C T A V I O H E R N A N D E Z

Vinculado al periodismo de sus días, intervino en la redacción y dirección de casi todas las revistas y periódicos de entonces. Fué director ocasional de "Nuevos Ritos", director de "Memphis", codirector de "Esto y Aquello", redactor de "La Estrella de Panamá", en cuyas oficinas murió la noche del 13 de Noviembre de 1918. Había sido, también, en compañía de Domingo H. Turner, copiloto de "La Voz del Pueblo", órgano político creado expresamente para hacer la oposición liberal al gobierno.

Hernández había nacido en Panamá, el 14 de Julio de 1893.

Obra: Melodías del Pasado.—1915.

Cristo y la Mujer de Sichar.—1916.

Iconografías.—1916.

La Copa de Amatista.—1923.

E D E N I C A

Desnudos, en la pulcra desnudez del más ingenuo pudor, bajo cargado peral se reclinaron en el césped aquellas dos puras bellezas humanas. Era uno de los días primeros. El Mundo estaba recién creado y exhalaba toda la frescura de su niñez. Con iris de perla blanca y luz de diamante esplendía el cielo... Era la hora de languidez en que se iba la tarde...

Canciones y vuelos de pájaros turbaban la serenidad y el silencio. Y se oía la música del agua del río que fecundaba la tierra edénica, abriendo sus cuatro brazos de color de ópalo, como si con ellos quisiera juntar, en un solo, todos los jardines que florecían en los cuatro puntos cardinales del planeta...

Y sucedía que en aquel instante, Adán estaba triste. Echado en la yerba naciente, con la riza cabellera negra en desorden bellísimo; apoyada la faz en la diestra; la mirada fija en el verde suelo del Paraíso, el primer hombre meditaba. Con la más fina tenuidad se humedecían sus pupilas. Mas su boca era inmóvil, inmóvil y muda como una montaña, en ese instante de meditaciones íntimas.

Frente al meditabundo, casta en su desnudez, regia en la opulencia de su rosada carne desnuda; blonda como la diadema que ciñe la frente de Artemisa en las noches más diáfanas; con las grandes pupilas de azul clavadas en el rostro del cuitado, hablaba nuestra

madre, Varona, la primera ternura convertida en mujer; la primera sonrisa de Dios convertida en cuerpo terreno.

Apoyó la diestra en el hombro del hombre. Le miró fijamente a los ojos. Dijo:

—¿Qué te apena, Adán mío? ¿Por qué esas pupilas, cuyas miradas eran suaves como una sonrisa, miran con gravedad y tristeza? ¿Por qué se aflige tu rostro? ¿Por qué tan contraída esa mejilla que ahora no más parecía un fruto lozano de color de manzana madura? ¿No ves que me haces pensativa?

Mira qué dulcemente se va despidiendo la tarde... Va caminando por un sendero de rosas y agita un pañuelo morado como las lilas que tiemblan a orillas del río. ¡Mira qué dulcemente se va despidiendo la Tarde!

¡Los luceros comienzan a asomar para vernos... sólo para vernos! ¡Hoy aspiro más fragancia que ayer! ¡Hoy siento más deseo de amarte, porque te hallo triste, muy triste...! Yo he nacido para ennoblecer con mi belleza la soledad de tu vida... ¿Qué te falta, Adán mío...?

Tiempo hubo en que sobraron motivos para que entristecieras. Llegaban las noches, y las estrellas te veían solo, melancólicamente solo...

Llegaba la aurora en su barca de velas rosadas, y al verte solo, tan dolorosamente solo, palidecía de angustia y compasión por tí: lloraba y sus lágrimas caían en el huerto y parecían transparentes piedrecitas blancas en cada flor y en cada hoja.

Mas aquellos días de soledad pasaron como la sombra. Para hacerme compañía he nacido... Yo he nacido para ceñir mis manos a tus sienes cuando en tus horas de intensos pensamientos pareces presentir la ruina de nuestra ventura. Cuando a dormir empiezas en tu lecho de flores, yo me regocijo hundiendo mis dedos en tu cabellera. Me place arrullarte con blandas músicas hasta verte profundamente dormido. Si, al caminar, tropiezas tu planta con algún pedruzco, mis labios acuden gozosos a besar tu carne herida y advierto que, entonces, mi beso te devuelve quietud y alegría. Ya no estás solo, Adán mío... Ya no estás solo... Por qué entonces...

Y Adán permanecía callado. Y ya había desaparecido la Tarde. Y la música del agua del río sonó más penetrante en el silencio del comenzar de la noche. Y el jardín se ennegreció de oscuridad y el cielo brilló como enorme cortina azul bordada de plata y de diamantes...

Eva hundió la noble testa coronada de oro en el regazo del hombre. Y al contacto del regazo del hombre fué adormeciéndose, adormeciéndose. Luego, quedóse en el sueño más hondo.

Y Adán permaneció callado. Y triste.

Mas sintió la voz del Señor; sacudió las melenas como un león sorprendido por la más inesperada sorpresa, y volvió la pupila hacia la altura.

—¡Adán! —le dijo el Padre. —¿Por qué sufres?

¿No bebes el agua de todas las fuentes? ¿No aspiras la fragancia de todas las flores? Estabas solo, y te di compañera... ¡Te di una mujer en quien puse brillo de estrella, suavidad de jazmín y elegancia de palma! ¿Qué te hace falta, hijo mío?

Y con la voz semi cortada por los sollozos; voz que se ahondó en el silencio del comenzar de la noche como la más penetrante queja de hastío que recorriera los vientos, exclamó el primer hombre:

—¡Estar solo, Señor... Estar solo...!

JOAQUÍN DARIO JAÉN

Cuentista, novelista, dramaturgo, hipnotista, actor, prestidigitador y otras muchas cosas fué J. Darío Jaén, personaje él mismo de novela y protagonista principal de su propia obra. Su biografía es una historia truculenta que terminó lamentablemente en un tren —mientras cruzaba un desierto en Arizona—, el 30 de Junio de 1932. Había nacido en Panamá, el 11 de Noviembre de 1893.

Obra: La Ciencia Moderna (Tratado de Hipnotismo).—1915.
Liliana (novela).—1920.
Vórtice de Pasiones (cuentos).—1921.
El Enigma Formidable (novela).—1922.
La Máscara de un Imperio (Problema México-Yanquilandia).—1923.
De la Hora Fugaz (poemas y crónicas).—1923.
Flor de Vesania (novela).—1924.
Fuegos Fatuos (cuentos).—1924.
En el Cauce de la Vida (Páginas escogidas).—1925.
El Sendero Inevitable (novela).—1928.
Misal Romántico (Poemas).—1929.
Breviario de Emociones (Cuentos).—1930.

EL HOMBRE QUE NO TUVO LA CULPA

¡Indudablemente, nunca ha sido mi posición tan alta como lo fue en la Habana...! ¡Claro que era alta mi posición, como que vivía remontado en un quinto piso, allá en una bohardilla, en la mismísima azotea de un "Boarding House" del Paseo del Prado!...

¡Y con esto se saca en limpio que no hay necesidad de ir a Europa para vivir en una bohardilla!

Y, en el quinto piso, tenía por vecinos a media docena de personas distinguidas: músicos, filósofos (sin melena), empresarios... sin empresa, oradores bolcheviques, políticos fracasados, y estudiantes.

Mi compañero de cuarto lo era un estudiante... que no estudiaba, pues en todo un mes de 31 días, le estuve oyendo decir: "lo que es esta noche tengo mucho que estudiar"; pero cuando se llegaba la noche, decía: "Esto de estudiar se deja para mañana, no faltará tiempo", y así diciendo, tomaba su sombrero y se marchaba al "Alhambra" a estudiar "poses" académicas.

Todas las noches, asimismo, le oía decir: “tengo que levantarme muy temprano para ir a clases”. Pero, claro, acostándose a dormir a las dos de la mañana, se alzaba tranquilamente a la hora del almuerzo, sin dejar de tener una excusa por el estilo:

—No faltará tiempo para ir a clase: después de todo tengo una recomendación del Representante de mi pueblo, y desde luego, paso...

—¡Sí —le respondía yo—, pasas a repetir el año, o pasas de una puerta a otra, no lo dudo!...

Es preciso advertir, que la Rusia Soviet resultaba un merengue ante la república bolchevique que se había formado en la azotea. Allí todo el mundo andaba en paños menores a *mucho pedir*, y no era raro que cuando uno menos se lo esperara se presentase el orador (o cualquiera otra eminencia), en el traje típico, y sin previo aviso cargara con lo que a bien tuviera.

“Lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío”: tal era el dilema en la azotea, y el que no estuviera conforme con esto, bien podía largarse o poner en vano el grito en el cielo. En cuanto a diversiones, en la azotea las había a granel: el músico se las pasaba todo el santo día, y hasta parte de la noche, tocando el cornetín, al que siempre le daba igual tono. Un día, en la creencia de que el cornetín de mis culpas, habiéndose aprendido el “son” lo tocaba solito, para convencerme, me acerqué a la puerta, para encontrar al maestro encaramado en una silla, en obligada “pose” y muy liviano de ropa, deleitado soplando el cornetín. Al percatarse de que yo le observaba, dejó el instrumento de mis culpas, y amable me invitó a entrar ofreciéndome el obsequio de un concierto. Me dijo que yo, persona de gusto delicado, podía apreciar aquella filigrana... Y, por no pasar por persona indelicada tuve que soportar por milésima vez la sonatina del cornetín, aunque luego saliera disparado ante el temor de que diera al ciudadano por repetir “su filigrana”, que ¡maldita la gracia que me hacía!

Y, esto no es todo; en el cuarto piso había un tenor de los peores que he oído en mi vida: y conste que he escuchado a mucho tenorcillo, digno del patíbulo cuando menos. El tenor del cuarto solía deleitarnos tres veces al día a lo menos, y aseguro que los días que más cantaba, mayor número de cucarachas, zancudos y alacranes pululaba por la República bolchevique! ¡Yo no me explico cómo era posible que este bárbaro se ganara la vida gritando ante un público en el teatro “Martí”, cuando propiamente se debía haber ganado la muerte! Ahora bien: el profesor Fuentes, un político fracasado, era otro que se las traía: a veces se acercaba a mí para dejarme oír, según él, su bien timbrada voz. ¡Castelar resultaría un liliputiense al lado de aquella eminencia de la azotea! Por lo menos, que yo sepa, Castelar no ha hecho con nadie lo que el doctor Fuentes hizo conmigo: una noche se empeñó en leerme uno de sus flamantes discursos, que pronunciara

allá por los buenos días de Martí; con todo y mis protestas, el hombre se caló las gafas, se quitó la peluca, dejando relucir su brillante calva y comenzó su pieza oratoria; yo recuerdo que en ella había muchas mentiras: “mentira —decía— es el patriotismo de los políticos. Mentira las promesas de los que tratan de escalar el poder. Mentira el gesto histrionesco de los mercaderes de la política, de esa pobre cortesana... Mentira... Mentira!...”

Bueno, yo no supe adónde fueron a parar todos aquellos disparates y aquellas “mentiras”, porque me dormí. El orador estaba precisado en terminar su discurso y al llegar del “Alhambra” el estudiante, le continuó su perorata. El estudiante me lo contó al día siguiente, agregando que el administrador de la casa tuvo que levantarse para llamar la atención al doctor Fuentes, quien se entusiasmó demasiado y alzó mucho la voz.

* * *

Aquella muchacha era una perfecta figulina: ojos azules, de dulce mirar, manos aristocráticas de una amable palidez, de palidez de nácar; y vestida de riguroso luto destacaba admirablemente su blancura inmaculada. ¿Su sonrisa? No la llegué a ver, pero la imagino en armonía con su deliciosa personilla...

La había visto varias veces, en momentos en que salía de su habitación, instalada en el tercer piso del mismo “Boarding” donde yo hospedara; había interrogado por su nombre, etc. y sólo se me había dicho que era una joven bogotana, recién llegada a la Habana en compañía de su hermano, a quien jamás ví, lo que me llevó a la conclusión de que se había marchado al campo... ¡o a donde le hubiera dado su real gana! Me llamó la atención ciertamente, el verla un día alzarse de la mesa con un plato en la mano, entrar en su habitación, y al salir cerrar con mucha precaución la puerta...

Pues bien: una noche me encontraba solo en mi bohardilla: mi compañero, el estudiante que no estudiaba, había marchado al teatro, cuya entrada, de paso sea dicho, pagaba esa noche con el resultado del empeño de una *Física* de su propiedad... y de una sábana nueva, propiedad del “Boarding House”.

Escribía una de mis crónicas; había dejado puerta y ventana abiertas, cuando he aquí que se me presenta un individuo en *pijama*, y por todo saludo me toma por una mano y con voz acalorada, como la de aquel que acaba de cometer un crimen, huye de la policía y busca protección, me dice:

—¡A usted le consta que yo no tuve la culpa!..... ¡Que la culpa la tuvo María!

Medio tartamudeando, todo tembloroso, le interrogué al extraño visitante:

—Pero, ¿la culpa de qué?...

—Sí —dijo misteriosamente, mirándome con sus ojos y acercando mucho su rostro al mío—, la culpa... ¡la culpa la tuvo María!

“Este hombre me va a meter en un lío, y de los gordos: me va a hacer declarar sobre un asunto que desconozco por completo; preciso es el tomar brío y encarársele”... Tal me dije, y retirándole violentamente la mano, le grité:

—¡Qué culpa ni qué cuernos! ¡Qué voy a saber yo si usted tuvo la culpa o si la tuvo María!

Sonrió extrañamente, y volvió a las andadas:

—¡Sí, a usted le consta que yo no tuve la culpa; que la culpa la tuvo María!

Se escucharon precipitados pasos en la escalera y mi grato visitante se acercó para decirme casi al oído:

—¡Viene la policía a llevárselo a usted y a mí; es bueno escapar!

No lo había terminado de decir, cuando se disparaba por la ventana. Aseguro que estuve a punto de seguirlo. El hombre, al saltar la ventana lo hizo con tan mala suerte que fue a caer en la azotea, recibió un tremendo golpe y quedó tendido cuan largo era.

Acto seguido penetraron en mi habitación la dueña de la casa, su hijo y la bella muchacha bogotana. Se dieron cuenta cabal de lo sucedido y fueron a recoger al hombre que “no había tenido la culpa”. La muchacha me dijo:

—Usted perdone, caballero; perdone el disgusto, pero él no tuvo la culpa.

Al decirme tal, pensé que el hombre del pijama tenía razón al decir que “él no había tenido la culpa; que la culpa la había tenido María”. Y, no me cupo más que pensar que la linda bogotana era María.

Lo tomaron en peso los tres recién llegados y se lo llevaban, cuando la muchacha suplicó:

—Le ruego no decir nada, porque si se entera la policía, ¡lo encerrarán para no verlo más!

Se marcharon... Y, entonces, fue cuando me vine a dar cuenta de que me encontraba demasiado ligero de ropa; es decir, muy digno

de la azotea de marras. Me apené por un momento, pero luego me dije:

—¡Vamos! *yo tampoco tuve la culpa*: la culpa la tuvo ese que decía no tener la culpa, y María.

¡No cabía pensar otra cosa; el hombre había cometido un crimen esa noche! Me puse a meditar sobre las consecuencias que me podría traer la aventura; en que de seguro tendría que ir a declarar sobre un asunto que desconocía.

Al día siguiente, tras de pasar una noche de pesadilla, en la que miraba siempre al hombre aquel con un ensangrentado cuchillo en la mano, ya de día, me alcé de la cama, tomé el ascensor, y una vez en los pisos bajos me puse a pasear por todos lados, ante la perspectiva de encontrar las huellas del crimen... pero sólo encontré a la enlutada, a quien confirmé con el nombre de María. Me saludó, respondí, y audazmente me senté a su lado. Ella entonces comentó:

—Me encuentro muy apenada por el incidente de anoche...

Y yo, recordando que me había visto en un traje demasiado liviano, exclamé:

—Y yo también me encuentro muy apenado con usted señorita.

—Pero, ¿verdad que usted no comentará nada?

—No —le respondí—; pero siempre y cuando me confiese todo, pues yo no puedo inmiscuirme en lo relativo a un crimen...

—Pero, ¿qué dice usted? ¿De qué crimen habla?... ¿No ha comprendido?...

—Sí, he comprendido: adivino algo muy horrible; una gran tragedia.

—No, señor: si lo que pasa es que mi pobre hermano sufre de enajenación mental: le ha dado por creer que él no es culpable de un imaginario crimen.

—Y, usted, María...

—Yo no soy María: ¡María era la novia de mi pobre hermano!

—Y, ¿dónde está María?...

La enlutada bajó la cabeza y murmuró:

—No me lo pregunte usted...

Luego, me dijo que ella había llegado a la Habana a encontrarse con otro hermano que vendría de París, para entonces ir a los Estados Unidos, donde esperaban encontrar cura para el pobre vesánico...

Se despidió de mí recomendándome, como antes, que no dijese nada, pues se temía que la policía al enterarse de que había un loco en la ciudad, lo obligara a permanecer en el asilo. Luego no volví a verla; sospeché que rehuía pertinazmente mi presencia. Y, me pregunto: ¿qué muda tragedia se ocultaría en aquella historia?

IGNACIO DE J. VALDES JR.

Nació en Santiago de Veraguas, el 6 de Junio de 1902. Hizo estudios secundarios en la Capital, como interno del Colegio de La Salle, donde recibió el grado de Bachiller en 1921. Periodista de temperamento, impuso su columna **VIBRACIONES**, que se publicó de 1928 a 1931, año en que fue designado Cónsul de Panamá en Londres. De regreso a su tierra en 1934, volvió a la faena periodística, escrita lo mismo que hablada. Durante algunos años y hasta hace poco fue Jefe del Departamento de Radio y Prensa del Ministerio de Gobierno y Justicia.

Obra: Vibraciones (poesía).— 1926.

Cuentos Panameños de la Ciudad y del Campo.— 1928.

Sangre Criolla.— 1943.

Alma.— 1945.

Mandrágora.— 1947.

Ternura.— 1947.

Cuentos de Carnaval.— 1949.

CASATE, HIJO... CASATE

Tres horas o más hacía que estaba lloviendo, y el temporal no llevaba trazas de amainar. Yo me revolvía impaciente y colérico en la banqueta que el buen compadre Román Rivera me había ofrecido. El viejo me observaba, pero no se atrevía a dirigirme la palabra por temor a que explotara mi visible mal humor.

Por fin, se decidió, cuando la caída de un nieta que resbaló en el lodo formado por la lluvia con el viento en el portal, hizo dibujar una sonrisa en mi antes agrio semblante. La madre había cogido al chiquillo del suelo y, sentándolo en sus rodillas, comenzó a sobarle la cabecita golpeada, diciéndole una como monótona cantinela, hasta que el chico dejó de chillar: “Sana, sana, culito-e-rana”.

—Como que es usted de poca paciencia, niño —se atrevió a decirme—, y así no se va a ninguna parte. Más deja ser paciente y dejar que corra el mundo la bolina. Mi abuela me decía siempre: “No te pelees nunca con nada ni con nadie; menos entoavía con el Cura, el Arcarde ni con el médico”. “Y si me buscan”, yo le preguntaba. “Si te buscan el pleque pleque, pues mejor juye. Mejor es que digan, aquí

dejó Román los miaos que aquí dejó Román la sangre". Y la verdad es que más deja la pacencia que la impacencia. ¿Cree usted, manito, que sin pacencia se podrian tener cinco mujeres al mesmo tiempo?

—¿Es que usted ha tenido toda esa cantidad, no Román?

—Yo no, m'hijito. Dios me ampare y me favorezca; pero yo sí conozco a uno de por aquí, mano Celestino Rodríguez, que tuvo esa valentía. Si niño: cuatro mujeres, cuatro "amigas" y la esposa legítima por el Sacramento. ¡Y lo bien que se llevaban todas cinco! Cuando María Eduardo, Natividad, Angélica y Tanita, las cuatro "amigas" que eran hermanas entre sí iban al pueblo, siempre le traían un regalito a Carolina, la esposa legítima. Y Carola siempre les guardaba comida al volver del pueblo a sus combelesas.

—¿Y todavía viven?

—Carolina, la esposa, y Tanita. Pero solamente Carolina está con ño Celestino. Fue Tanita la que me dió la nueva así: "Natividad, María Eduardo y Angélica murieron, llevándose poco tiempo, del trancazo. Yo estoy viva porque me dejé con Celestino, si no, también me joro". ¿No cree usted, niño, que mano Celestino merece un premio de pacencia habiendo lidiado a cinco mujeres al mismo tiempo?

La conversación de mano Román se hacía más y más interesante. Roto ya el hielo, el viejo se hizo locuaz y el buen humor le brillaba en el único ojo que alumbraba su rostro. Aprovechándome de la ocasión, me aventuré a preguntarle:

—¿Cómo perdió usted el ojo?

El viejo se pasó involuntariamente la mano por el alvéolo cicatrizado del ojo vaciado y me narró esta historia cómico-triste.

* * *

Es una costumbre ya casi desaparecida aunque no del todo entre nuestros campesinos, el buscar los padres novias para sus hijos. No quería decir esto que los hijos no tuvieran el derecho de escoger su futura esposa. En el primer caso, el padre visitaba a los padres de la muchacha y hacía la proposición de matrimonio. Se fijaba la fecha del "consentimiento" (esponsales o compromiso) y la del matrimonio, y todo quedaba arreglado. No era esto lo principal, sin embargo. Un requisito muy importante que exigía el padre del novio y muchas veces los de la novia era la edad para el matrimonio, edad que no señalaban los años sino las habilidades y cualidades de trabajador del futuro esposo.

Sobre las espaldas de José, el hijo mayor de ño Roman, ya habían pasado todos los tamaños de "motetes". Sabía tumar montes, desbrozar, quemar, sembrar, socolar y cosechar. Ya había vencido ta-

reas al lado de curtidos labradores e insistía ante su padre en el derecho que tenía a casarse ya con Goyita Visuete, con quien había formalizado compromiso.

Pero le faltaba una prueba. Por dedicarse a las faenas agrícolas en otros ramos, no tenía mucha práctica con el hacha en la poda de los árboles corpulentos y menos aún en la labor de cortar trozas. Erale necesario saber cómo se asentaba con acierto el golpe del agudo filo en el macano, el balo, el cedro, el maría, el espavé y la pinotea, conocer la dirección de las fibras, cómo esquivar los nudos rebeldes y traicioneros. No Román presenciaba sus prácticas y de vez en cuando empuñaba el hacha con vigor y seguridad. Al caer sobre el duro tronco lanzaba un agudo retintín y, con silbido y rapidez de bala, la astilla volaba por los espacios, gracias al movimiento diestro y experimentado del viejo labrador.

José practicaba con ahínco. Era lo único que le faltaba saber para poderse casar. Un día, empero, llamó a su padre y le solicitó por milésima vez su aprobación para señalar la fecha del enlace.

—¿Ya sabes sacar la astilla como yo? —le preguntó incrédulo y socarronamente el viejo.

—Sí, tata, ¡venga pa que me vea! —le respondió, confiado, José.

Y lo llevó al patio donde yacía un grueso tronco de algarrobo. Se apartó ño Román, incrédulo. José empuñó el hacha por el mango, hízola dar un molinete vertiginoso sobre su cabeza y, del tronco duro del árbol salió lanzando un silbido penetrante y jubiloso, como un proyectil casi invisible, una astilla que fue a incrustarse en el ojo izquierdo del viejo Román, quien no tuvo tiempo de verla y esquivarla.

Con las manos en el rostro ensangrentado, el ojo vaciado por el horroroso impacto, ño Román sólo repetía:

—¡Cásate, hijo, cástate, cástate!

Y cayó desvanecido por el dolor en los brazos del hijo asustado y dolorido.

* * *

Con el final de esta historia terminó mi obligada visita.

Alumbrado por la pirotecnia celestial de los continuos relámpagos lejanos, continué mi viaje de regreso a la tranquila ciudad adornada en esta fría tarde invernal, bajo el manto de sus antiguas glorias y tradiciones...

JOSE MARIA NUÑEZ Q.

Nació en Ocú, Provincia de Herrera, el 6 de Enero de 1894. Después de hacer estudios elementales en su pueblo natal y en la ciudad de Panamá, marchó a Colombia. Estudió medicina en Bogotá y en Cartagena de Indias, cuya Universidad le doctoró en 1919. Hasta el año de 1923 trabajó para la United Fruit Co., en Colombia. Y al año siguiente se le nombró Director del Hospital de Chitré, cargo que sirvió por más de un lustro. Desde 1931 está radicado en la Capital. En la actualidad es Jefe del Departamento de Medicina General del Hospital Santo Tomás. Cultiva también, por afición natural, la pintura.

Obra: Cuentos Criollos.— 1947.

UN HOMBRE

Fiesta de Santa Rosa. Noche serena. En la plaza brillan los fogones de las cafeterías y las guarichas humeantes. Gentío abigarrado. Pantalones cortos, amplias polleras, cotones de bayeta, sombreros blancos. En la plaza, en las tiendas, mejoranas y cumbias, cantos y salomas. De pronto, un alboroto, una pelea. La gente que se arremolina. los curiosos que corren, los cantos que cesan y una voz que grita:

—¡Yo soy hombre!

Mi compañero sonríe.

—¡Hombre! —dice—. ¡Hombres!, porque lo dijo la partera. ¡Todos, cuando se les sube el seco, se creen hombres! Y me río yo de ellos. ¡Hombres llamo yo no a esos meterruidos y bocones, sino a los que se prueban en todo tiempo, con aguardiente y sin aguardiente, en el trabajo, en las peleas, en las dificultades, hasta en el momento mismo de la muerte!...

Toma un sorbo de café. Se desabotona la estrecha manga de la camisa de coleta, alza el ala del sombrero y prosigue:

—Cada vez que oigo esas bravuconadas me viene por contraste el recuerdo de Chando... De Chando de León. Yo no sé si usted se acordará de él. Era un mozo alto, cenceño, blanco. Con las mujeres tenía una labia que las derretía. Ninguno cantaba como él ni componía décimas más graciosas. Nadie le sacaba mejor un lance al toro, ni

montaba un novillo mejor que él. Desyerbando caña pocos se le apareaban, ni con el hacha le sacaban ventaja en las derribas. Yo, cuando lo conocí, no creía que era lo que era, porque tenía siempre en los labios una sonrisa y, como era lampiño, parecía una niña. ¡Pero era hombre mismo y se amarraba muy bien los pantalones! Amigo bueno, tenía el corazón en la mano; ofendido, había que temerle. No es que buscaba peleas, no; pero tampoco les sacaba el cuerpo. Muchas tuvo, señor, y a dos sé yo que se llevó por delante defendiéndose de una gavilla que le hicieron. Dicen que a uno se lo quitó de encima de una patada en el vientre; al otro le puso la *peinilla* en la cabeza, y no se levantó más. Como fue en defensa propia, lo absolvieron.

En fin, se diría que cuando a uno lo acorralan, el miedo mismo le puede hacer ejecutar maravillas...

Pero cuando yo tuve idea cabal de la clase de hombre que era Chando, fue cuando estuvimos en el Suay, él de mayoral y yo entre los mozos de don Lisandro.

Hacía días que en la hacienda venía causando daño el gato... El tigre, diré. Ya se había cazado varios terneros y cada vez estaba más atrevido. No teníamos escopeta, ni los perros servían, y las postas envenenadas que le poníamos no las tocaba el condenado. Parece que como tenía carne fresca fácil, no le provocaban. Para evitar el estrago, mientras venían los chopos que habíamos solicitado al blanco, resolvimos encerrar el ganado al anochecer en un corral grande que quedaba a no mucha distancia del rancho.

Los primeros días no pasó nada; pero una tardecita, cuando estábamos cenando después del encierre, comenzaron los perros a latir y sentimos el ganado inquieto y trajinando mucho. De pronto rompió el corral de una barajustada, con un ruido que daba espanto y un tropel que parecía que se vinieran abajo las trojas del otro mundo. A poco sentimos el bramido de una vaca; un bramido de agonía como el que dan cuando se les pone el fierro. Todos estábamos suspensos, cuando dijo Chando:

—Muchachos: ese es el gato que ha cogido una res. ¡Vamos a quitársela!

—¡Quitársela! —dije yo—. Por mí que se la coma... y que le aproveche.

Los otros debieron pensar lo mismo porque se quedaron remolones.

—¡Vengan —dijo Chando— y no sean p...! ¡Ahora mismito verán quién puede más!

Y cogiendo la pulla y una manta, se echó afuera. A nosotros nos dió vergüenza y nos fuimos detrás. Más allá del corral, en un pelado

que queda como a unas cien brazas, vimos al gato —¡y qué señor gato!— que había doblado la novilla y le estaba comiendo el pecho.

Nosotros nos encaramamos en la cerca, sin resolernos a traspasarla. Todos estábamos en silencio y sentíamos un calofrío que nos molestaba en la nuca.

Chando se bajó del otro lado y caminó resueltamente hacia el animal. El tigre, que estaba entretenido con la presa, levantó de pronto la cabezota, se lamió el hocico manchado de sangre, fijó en Chando sus ojos ardientes... Se recogió luego sobre sí mismo, batió la cola y dejó escapar un rugido. Chando siguió sin titubear hasta llegar a unas varas de distancia. El tigre rugió de nuevo, pegó las orejas contra la cabeza, el pecho al suelo y parecía pronto a saltarle encima. Chando estaba también en actitud de combate, la manta arrollada al brazo, el colin levantado, los nervios en tensión y miraba al tigre con la misma fijeza con que el tigre lo miraba a él.

A nosotros los momentos nos parecían siglos. Y ni el tigre, ni Chando se movían... De pronto, vibró la voz del hombre, alta, serena, amenazadora:

—¡Qué hubo! ¡Viene usted, o voy yo!

El tigre pareció sorprendido: vaciló primero; retrocedió un poco después. Entonces Chando, con la misma voz vibrante, cargada de amenaza, concluyó:

—¡Usted me tiene miedo! ¡Párese, que voy yo!

Y saltó hacia él.

—¿Fue la voz? ¿El tono de las palabras? ¿Los ojos de Chando? ¿Su actitud decidida? Yo no sé. Lo cierto es que el tigre, al verle avanzar, huyó despavorido, desapareciendo entre los breñales...

* * *

—¿Qué se hizo Chando? — pregunté yo.

—El pobrecito se murió. Para Reyes va a hacer tres años. Yo estuve a verlo y daba lástima. Ya terminando, lloraba la madre al ver que se le iba; y él, recogiendo el aliento que le quedaba, le dijo con aquella engañadora sonrisa suya:

—“¡No llore, mama, que me ablanda! ¡Réceme nada más!”

—¡Ese sí era un hombre!

Mi compañero termina el café; se abotona la manga estrecha de la camisa de coleta; baja el ala del sombrero y se levanta. Tiene los ojos húmedos de emoción y se vuelve de espaldas.

Las candilejas humean; los fogones brillan. Las mejoranas y salomas pueblan de alegría primitiva la noche serena de la fiesta de Santa Rosa.

GIL BLAS TEJEIRA

Nacido en Penonomé, ciudad de juristas y letrados, el 18 de Enero de 1901. Terminó solamente la escuela primaria. Muy joven, previo examen de competencia, fue maestro rural. Luego, en Bastimentos, Bocas del Toro, maestro sin adjetivos. Abandonó el magisterio e ingresó a la burocracia del poder judicial, en un tribunal de la provincia antes mencionada. Por cuatro años (1925-29) desempeñó las funciones de Bibliotecario, en la Biblioteca Mateo Iturralde, de la ciudad de Colón. Ha sido Canciller del Consulado de Panamá en Kingston (1929-31), Tesorero del Ayuntamiento de Colón, Diputado a la última Asamblea Constituyente, Embajador de Panamá ante el Gobierno de Costa Rica.

En 1935 mereció una mención honorífica en un concurso de novelas organizado por el Municipio de Panamá. Es Director fundador del semanario "Calle 6", de la ciudad de Colón. Durante algunos años sirvió, con el pseudónimo "El Caballero Esplandián", en el vespertino "La Nación", una de las más leídas columnas de nuestra prensa diaria. Hoy sirve esa columna en "La Hora", diario del mediodía.

Obra: El Retablo de los Duendes.— 1945.

S A L O M E

Aunque la iglesia de mi pueblo era amplia y tan sólo se llenaba totalmente para las grandes festividades, la devoción pueblerina no parecía muy satisfecha. Una vieja capilla conocida por el nombre de "La Ermita" había sido destruída por el tiempo, y los penonoméños de la calle de San Antonio estaban interesados en su reconstrucción.

La tradición había hecho del lugar donde se levantaba aquella capilla parte integrante de los ritos conmemorativos de la tragedia del Gólgota. Todos los años, para el sábado de ramos, la imagen de Jesús era llevada en andas hasta ese lugar sobre cuyas ruinas la gente de mi barrio construía un bohío provisional, con pencas de palma.

Aquello no podía continuar así y los sanatoñeros se dispusieron a levantar una nueva capilla. Se constituyó una junta con tesorero y todo y comenzaron a efectuarse rifas, ferias y representaciones teatrales para financiar la obra.

Pero mi pueblo tiene más de un barrio. Y el de San Antonio no

ea, ni con mucho, el más grande. Hay también el de Los Forasteros, que ha desafiado triunfalmente las nuevas denominaciones edilicias, pues se le sigue conociendo por el nombre con que lo ungieran nuestros antepasados. Y la gente de Los Forasteros es esforzada. Jamás ha querido ser menos que los sanantonieños y la rivalidad de barrio a barrio fue por mucho tiempo tan pronunciada como para escribir una nueva *La Aldea Perdida*. Sólo falta que produzcamos un Armando Palacio Valdés.

De ahí que los forasteros intentaran hacer también su capilla, que debía ser dedicada a Santa Rosa, como era la nuestra a San Antonio. En la Corte Celestial, la santa americana y el elocuente orador de los peces se encargarían de dirimir las diferencias de la devoción pueblerina.

Con todo, los del barrio de San Antonio estaban llamados a triunfar. Tenían a su favor el apoyo de los de la Calle Chiquita, que en esta ocasión se aliaron a los sanantonieños por ser la causa de éstos de más arraigo en la tradición del pueblo.

Hoy el barrio de San Antonio tiene su capilla de ladrillos que interrumpe, como una fortaleza contra los tres enemigos del alma, la continuidad de la más vieja de sus calles.

Por más que los profesores del determinismo económico nos presenten la economía como la fuerza motriz de todos los gestos humanos, ya individuales, ya colectivos, he de declarar que en el esfuerzo sanantonieño por construir la capilla de su santo no había sino dos móviles nada monetarios: en el elemento devoto, prevalecía la sencillez en el santo unido a nuestra calle por el nombre y la devoción; y en los jóvenes que alardeábamos de escépticos imperaba el anhelo de pasar buenos ratos, so pretexto de los ensayos, en compañía de las buenas muchachas de nuestro pueblo, llamadas a ser nuestras compañeras cuando nos fuera dable constituir un hogar.

Había en Penonomé un boticario venezolano de apellido Diazviana, mejor auxiliar de Talía que de Hipócrates, a cuyos talentos histriónicos nos confiamos sin reservas. Gustaba de los dramas de Gran Guñol y representaba todos sus papeles con énfasis de tragedia.

Bajo su tutela representamos, entre otras, dos obras venezolanas: *Dios tarda, pero no olvida*, cuyo autor no recuerdo, y *Frutos Naturales*, de Udón Pérez, drama un tanto iconoclasta, lleno de una rebeldía romántica, soslayado de verdadero interés humano.

Los hermanos Quintero, Gregorio Martínez Sierra, Linares Rivas y Camprodón habían sido objeto de nuestros talentos histriónicos. El pueblo nos discutía. Yo era de los inferiores. Modestamente he de confesar que jamás se me dió papel de importancia, pues un acto mío

hizo desconfiar a la farándula de mi seriedad. Se trató de la presentación de la Ruserrección de Lázaro, en cuadro plástico. Una bella muchacha, dotada de barba nazarena, representó a Jesús. Yo, con el rostro enharinado, y envuelto en blancas sábanas, debía ser Lázaro y salir lentamente de la concha del apuntador. Pero inspirado por no sé cuál espíritu maléfico, en vez de salir de la concha me quedé muy adentro, oculto a los ojos del respetable y haciendo así imposible el milagro.

Se corrió el telón y me sacaron de mi escondite a viva fuerza y coreado por enérgicos adjetivos.

Un día cayó en manos de alguien la excelente traducción que de la *Salomé* de Oscar Wilde hiciera el profesor Zachrisson, publicada por Guillermo Andreve.

Con orgullo debo referir que cuando se habló por primera vez de representar aquel terrible drama, protesté. Yo lo había leído y conocía, además, un página de crítica de Fray Candil que interpretaba certeramente toda la perversidad de Salomé. ¿Cómo íbamos a conseguir, argumentaba yo, que una muchacha sencilla de mi pueblo pudiera bailar una danza lasciva como correspondía a la hijastra del Tetrarca, y despertar los turbios sentimientos que tan magistralmente presenta Wilde? Ni había entre nosotros Herodes capaz de dar entonación dramática a las ofertas miliunanochescas del marido de Herodías.

Pero mis objeciones fueron desechadas. Yo era una especie de aguafiestas, clasificado por uno de mis compañeros como capaz de criticar el pie de Venus, al igual que Momo.

Tocó al joven poeta Juvenal Conte el papel de Yokanán. El era nuestro mejor recitador. Y a Nacho Quirós, recién regresado de Chile, se le adjudicó el rol de Herodes. Una virtuosa muchacha de mi pueblo fue Salomé. Herodías es hoy una ejemplar madre de familia. En cuanto a mí, se me destinó, para no darme oportunidad de hacer travesuras, el oscuro carácter de *capadocio*, y mis palabras no pasaban de diez.

El problema más fuerte fue el vestuario. No queríamos incurrir en el anacronismo de los que representaron a Fabiola con los soldados romanos vestidos de kaki y una vieja con espejuelos.

Vestir a Yokanán: esta era la mayor dificultad. Pero no íbamos a dejarnos vencer por un detalle. Yokanán vestía de piel y Juvenal había de salir en igual guisa. Nos dimos a buscar una piel grande, capaz de cubrir las desnudeces de nuestro San Juan Bautista ocasional. Y alguien nos dió el dato: Don Antonio Suárez, caballero de mi pueblo, prestigiado por el ejercicio eficiente de la Alcaldía por mu-

chos años, tenía una hermosa piel de tigre americano, y una comisión se encargó de conseguirla.

—Yo no tengo inconveniente en prestársela —dijo don Antonio—, pero les advierto que yo aprecio mucho este cuero, que es el más grande en su género que jamás he visto. Tiene un hermoso rabo y no quiero que se lo corten.

Hicimos todas las promesas que hace todo el que está en apu-

GRACIELA ROJAS SUCRE

Nació en Aguadulce, el día 3 de Abril de 1904. Ha dedicado su vida a la enseñanza. Maestra egresada de la extinta Escuela Normal de Institutoras, se graduó luego, en Santiago de Chile, Profesora de Pedagogía. Después tomó otros cursos, relacionados siempre con su especialidad, en algunas universidades norteamericanas. Ha ejercido el profesorado. Actualmente es miembro de nuestra misión diplomática en Washington.

Obra: Terruñadas de lo Chico.—1931.

FONCHINGALE

¿Por qué remota ascendencia le vino a *Foncho* aquella manía de la aventura? ¿O qué diablillo inquieto le puso polvos de judío errante en el cuerpo? ¡Las leguas que llevaban andadas esas patitas caminadoras en sus tres incompletos años de existencia! *Foncho* no era un niño callejero, sino algo inifinitamente peor que eso: era un niño andariego, muy andariego y muy incorregible. *Foncho*, como cuenta el viejo refrán, se había andado *la Ceca y la Meca, y la Caña Vereca*... Se perdía de casa por horas largas, y por días enteros, poniendo en conmoción no solamente a su familia, sino al vecindario de su calle, y hasta todo el pueblo. Como su papá era el Alcalde del lugar, la fama de "*Foncho* andarín" había crecido en proporción con la importancia titular de su padre; y eran, por tanto, muy contados los que no sabían su santo y seña; y no había policía municipal al que no le hubiera tocado en alguna ocasión salir en su busca por los caminos reales, o andar a su caza, de noche, y linterna en mano, por los solares y afueras del pueblo.

A pesar de su extremada popularidad, y de que la gente estaba sobre aviso con respecto a la peligrosa manía de él, frustrándole por ese motivo muchas de sus intenciones de escape, *Foncho* siempre hallaba modo de salirse con las suyas de cuando en cuando. Porque siendo como era el pueblo, un puerto, y lugar bastante importante y céntrico hacia el que convergían caminos de todas partes, nunca faltaban allí forasteros que, desconociendo el caso, tomaban en serio a *Foncho* cuando lo encontraban en la calle o en cualquier sitio, y, al interrogarlo sobre dónde quedaba su casa, infaliblemente recibían de él una indicación hacia adelante, con la dirección de un lejano y remoto

punto... ¡Cuántos forasteros tomando en serio la tarea de devolver a *Foncho* a su casa caminaron todas las calles del pueblo y salieron de él llevando inoficiosamente de la mano al chico, hasta que algún alma caritativa venía a sacarlos de los apuros! Y como *Foncho* no sabía nunca dar su apellido, y su papá y su mamá sólo eran para él “Papá” y “Mamá”, aquello de dar con el paradero de su familia se volvía para el forastero hallador, un verdadero acertijo. En ocasiones los bondadosos lazarillos de *Foncho*, al entrar a una tienda con él a fin de adquirir algunas mercancías, sufrían el desencanto de encontrarse súbitamente desertados por el chiquillo, mientras ellos estaban en lo mejor de un regateo con el dependiente de detrás del mostrador... Porque *Foncho* no podía tener los pies quietos por mucho tiempo, y en cuanto comenzaban a hormiguarle, se echaba a andar sin dar razones ni partes, ni esperar bendiciones de nadie... *Foncho* tenía el vicio del movimiento, y la extraña locura de lo desconocido...

Algunas veces *Foncho* lograba que su papá, el Alcalde, lo sacara a pasear; pero como el buen señor era persona tan importante en el pueblo, tenía que pararse con demasiada frecuencia en la calle, para conversar con amigos y conocidos; y esto, es claro, daba al traste con la paciencia del pequeño andarín... También los amigos de su papá y los tíos, sacaban a *Foncho* a caminar; pero, como su papá, todos esos señores eran dados a hacer muchas *estaciones* en el camino. De su niñera, *Señá Miquela*, a quien su mamá mandaba con él por las tardes al parque, *Foncho* sacaba muy poco producto (porque *Señá Miquela* era persona de años y de andar muy despacioso), a menos que se durmiera (lo cual ocurría con no poca frecuencia...), en cuyo caso, *Foncho* se escurría de sus faldas muy silenciosamente, y ponía pies en polvorosa con tanta rapidez como eran capaces de desplegar sus expertas patitas camineras...

Cada vez que *Foncho* se daba una de sus pérdidas, su mamá se ponía enojadísima: ¡Ah! ¡Ese niño falto de vergüenza! El *pipiolo ése* se las iba a pagar muy caras a ella. ¡Verse muchachito más *carilimpio* y porfiado! Pero lo que era esta vez sus nalguitas iban a saber de la *limpia madre*... aunque tuviera que señalarle los rebencazos... ¿Acaso quería ella que el niño cuando creciera se fuera a convertir en un vagabundo o un perdido? ¡Semejante vergüenza no la podría tolerar la familia; imposible; y menos su pobre marido, el Alcalde, tan probo y de tan limpio apellido!... Pero a las dos o tres horas de la desaparición del niño, la mamá de *Foncho* había perdido los ardores justicieros, y llenándose, en cambio, de grandes y horribles inquietudes: ¿Se habría ahogado su hijo en algún pozo? ¿O se lo llevaría alguno de los indios que estuvieron por la mañana en el pueblo? ¿O se habría desprendido del puente que cruzaba la quebrada del Trocho en las afueras? ¡Ay, Dios mío, qué martirio para madre! ¡Ay, su hijito de su alma, su *Fonchito*, que se había perdido!... Y con el pasar de

las horas en espera y ansiosa búsqueda del andarín, se desataban los nervios de la mamá a tal punto, que comenzaba a darlo por muerto y a llorarlo inconsolablemente con acompañamiento de gritos mal reprimidos, y besos y estrujones desesperados a las ropitas del “difunto”...

Cuando el niño aparecía (generalmente con gruesa escolta de policía y vecinos), era tal el gozo de la pobre señora, que se olvidaba completamente de sus promesas de castigo, y sólo tenía alientos para cubrirlo de besos, llorando mucho de la alegría, y haciendo nerviosos comentarios sobre el hallazgo... ¡Pobrecito su Fonchito de sus entrañas, que se había perdido, y ahora aparecía por obra de la Providencia, sano y salvo! ¡Ay, qué trabajos más terribles pasan las madres! Ella se moriría el día que Alfonsito, su niño, se le perdiera de verdad. El señor Alcalde, a quien los llantos de su mujer enternecían mucho, sufría por sugestión un aguazón de ojos, y una especie de reblandecimiento de sus paternales reconditeces: con lo cual se le esfumaban los propósitos de ponerle siquiera la cara seria al Niño; y muy manabierto y en vena de generosidad, el señor Alcalde hacía algún valioso obsequio a los afortunados halladores de su hijo, e invitaba a tomarse una copita a los vecinos y servidores del orden público que tanto empeño ponían en traer a su alero al descarriado...

Las explicaciones de *Foncho* a cada una de sus escapatorias eran muy confusas: no podía dar razón clara de los sitios en que había estado, y las cosas a las cuales él parecía dar importancia no merecían mucha atención de los mayores... Además, la caminata, y talvez la falta de alimentos (aunque generalmente no faltaban cositas de comer a *Foncho* en sus excursiones: frutas caídas, bollos blancos de maíz, que las *bolлерas* que venían del campo le ofrecían en el camino real, huevos frescos que le daba algún campesino a la entrada del pueblo...), lo dejaban tan cansado, que, al poco rato de haber llegado, *Foncho* dormía como un bendito en los brazos amantes de su atribulada mamá... Y los castigos no llegaban nunca. Muy al contrario, las pasadas angustias ante la idea de perderlo, parecían redoblar el cariño maternal de la señora Alcaldesa, y abrirle con más fuerza la veta de los mimos. Y así *Foncho* salía como premiado con cada una de aquellas escapadas. Con razón no había riendas posibles para el niño...

Foncho nunca sabía explicar por qué se fugaba. Pero si veía una mariposa volando por el patio, le entraba la tentación de perseguirla; y si a la mariposa le daba por salirse de los confines del patio, y resultaba, por coincidencia, que el portón estaba entreabierto, *Foncho* lo traspasaba, y seguía su persecución en terrenos privados, o en las calles traseras; y si el deleitoso insecto se perdía de vista, *Foncho* continuaba su camino (*Foncho* nunca regresaba con sus propios pies

a ninguna parte...), cambiando a cada momento el objeto de su excursión: unas veces era una columna de hormiguitas que salía de un hoyo en el suelo; otras veces un gallo escapado de un corral; y otras, un pajarito que saltaba cantando, de rama en rama; y otras, un indio que cabalgaba curiosamente a lomo de buey; y otras, un forastero de vistosa *ruana* y sombrero fino de jipa, que jinete en brioso caballo alazán hacía retemblar la calle al herrado y airoso paso de su bestia.

Foncho tenía, además, unas curiosidades viejas que nunca acababa de satisfacer: *Foncho* quería, por ejemplo, ver dónde dormían los *gallotes*; y llegar al sitio donde el techo del cielo se cae para abajo; y saber dónde terminaba la carretera ancha que salía del pueblo; e informarse de dónde venían sus amigas las *bolлерas*, que bajaban al pueblo los domingos, trayendo a la cabeza, grandes bolsas llenas de panes de maíz, y frescos bollos de masa; y quería saber dónde crecían los árboles que daban confites... Pero esas curiosidades, *Foncho* nunca podía satisfacerlas, pues siempre alguien le echaba la mano y lo traía a casita antes de llegar allá...

Por una temporada, *Foncho* pareció corregirse de la manía andariega: cuando nació su hermanito. ¡Oh! Aquello fue un gran evento para *Foncho*, y mantuvo ocupadísimos por muchos días sus afares de novedad. “Pingüilí” (éste fue el nombre inventado por *Foncho* para el “chichí”) era un niño muy rollizo y lleno de vida, y muy gracioso; y la entretención más absorbente por darse. Nunca le habían dado a *Foncho*, en casa, un juguete más interesante que aquél; y valía la pena estar allí para observarlo. *Foncho* llegó a querer tanto a “Pingüilí”, que en su honor dispuso regresar a la antigua manía migratoria, pero con una modificación: ahora *Foncho* se perdía, pero con intervalos menos largos; además, nunca regresaba con las manos vacías, sino cargado de presentes para “chichí Pingüilí”, papas y cebollas birladas de la tienda de un vecino abarrotero, florecitas arrancadas de los patios ajenos, cucharas de plata de la casa de la abuela, juguetes encontrados en las casas de la vecindad, y de cuanta cosa hay... El producto de sus robos, total y generosamente dedicado por él a “Pingüilí”, hacía a la señora Alcadesa poner el grito en el cielo, y movilizaba a toda la servidumbre en busca de los dueños de los objetos tan audazmente coleccionados. Y como cada día la nueva y complicada manía parecía echar más raíces y tomar proporciones de lo más alarmantes, a la mamá de *Foncho* ya no le cabía duda de que su hijo, por quién sabe qué misterioso castigo de Dios, le había salido de mala índole: porque ya no era vagabundo su hijo, sino también, ¡ay, ladrón!... ¡Valiérale Dios a ella, y a toda la desgraciada familia! En vista del terrible precipio en que iba cayendo el Niño, hubo reunión de familia para decidir sobre la manera de corregirlo. Sugirieron unos que, ya que

no era posible hacerle respetar a “la Autoridad” (como en el caso de la mayoría de los niños, a quienes se les podía meter miedo con la policía), debido a la excesiva familiaridad del Niño con toda la guardia, debía recurrirse a los castigos corporales, a fin de hacerle reconocer al menos la “autoridad paternal”; otros dieron la idea de que lo tuvieran siempre en casa a medio vestir, de modo que, viéndose desnudo, le diera vergüenza de salirse a la calle; otros propusieron que le hicieran pasar un susto con *Pacha Carrión*, la mujer que le metía miedo a los niños.

Probados los castigos corporales, y fuera por suavidad de mano de la señora Alcaldesa, o por defecto del *rejo*, los tales no resultaron... Se ensayó entonces privarlo de ropas: *Señá Miquela* tomó muy a gusto el oficio, y tuvo buen cuidado de dejarle sólo con un franelín que a duras penas lograba tapanle el ombligo; pero, para asombro y deshonor de la familia, y gran risa de todo el pueblo, *Foncho*, en un descuido, se medio vistió con una bata de su mamá, y se echó a andar por esas calles de Dios, arrastrando con gran trabajo el exceso de indumentaria.. Hasta que, finalmente, vino ¡*Pacha Carrión*! *Pacha Carrión* tenía un vozarrón de hombre, y un bigote muy varonil, que le hacía sombra sobre la boca; y sabía poner ¡unas caras de *espantagentes*!... *Pacha Carrión*, le explicaron a *Foncho* al presentársela, se comía a los niños malos, y callejeadores, y bribones. Pero como él era hijo del Alcalde, *Pacha Carrión* tan sólo quería conocerlo, e invitarlo a hacerle una visita a su casa, para que viese los huesos de todos los niños malos que ella se había comido en varios años... ¿Quería el *Niño Foncho* irse de visita con *Pacha Carrión*? Y como al preguntar *Foncho* dónde vivía *Pacha Carrión*, le contestaron que lejos, *lejísimo*, en las afueras del pueblo, *Foncho* sorprendió a sus familiares, decidiendo muy enfáticamente aceptar la invitación...

Foncho andarín, el hijo del Alcalde, y *Pacha Carrión*, la “Come-gentes”, se echaron a andar, muy cogidos de la mano, por todas las calles del poblado; hasta que llegaron al puente del Trocho, en donde —al parecer, por accidente—, los topó el tío Eduardo que venía a caballo en dirección del pueblo. Reconoció a su sobrino el tío Eduardo, y muy sorprendido de hallarlo en tan temible y poco recomendable compañía, adoptó una muy generosa e inmediata actitud de defensa, rogándole a *Pacha Carrión* que ¡por su vida! le entregara al Niño; y que le perdonara a *Foncho* la visita ésa, ya que su pobrecito sobrino era demasiado tierno para un espectáculo tan triste y horrible como debía ser el de esos huesecitos mondados de niños malos...; que, además, él tenía mucho miedo de que, en la soledad de la casa, *Pacha Carrión* se olvidara de que *Foncho* era el hijo del Alcalde, y como en todo caso *Foncho* olía a niño malo, *Pacha Carrión*, sin darse cuenta, podía pegarle una dentellada al Niño, o sacarle más de un bocado; y que su pobrecito sobrino *Foncho*

tenía tan pocas carnes que sería una iniquidad quitarle parte de ellas a punto de mordiscos...; y que él estaba seguro de que su sobrino iba a prometer estarse quieto en casa y portarse bien y suspender los vandalismos, a que era dado, con tal de que lo librarán de aquella visita... Total, que *Pacha Carrión*, aunque algo displicente, terminó por ablandarse con los ruegos del tío Eduardo, y luego de haber obtenido la seria promesa de su invitado en lo tocante a las "composturas", le entregó el Niño que por cierto tenía un aire bastante asustado, y los colores muy idos... El tío salvador regresó al pueblo con el Niño en la delantera de la silla. Y cuando hizo entrega de él, ya *Foncho* se había olvidado del incidente, y sólo tenía lenguas para hablar del caballo moro de su tío Eduardo que movía las orejas "muy ocurrente", *deste modo, y desotro*... Pero el episodio de *Pacha Carrión* le dejó a *Foncho*, sin embargo, una gran curiosidad: ¿cómo serían los huesecitos de los niños muertos? Y ¿cómo era la casa de la "Come-gentes"?... Y ahora, cada vez que *Pacha Carrión* pasaba por su calle, *Foncho* se echaba a correr detrás de ella llamándola a grandes voces, y pidiéndole que lo llevara a hacer la visita aquélla... Y como *Pacha Carrión* siempre saliera excusándose, con el motivo de estar muy ocupada para eso, *Foncho* se aburrió de esperar a que ella se desocupara, y un día se salió de casa con la muy seria determinación de buscar él mismo la casa de *Pacha Carrión*. Así, por culpa de *Pacha Carrión*, le tocó a la mamá de *Foncho* llorarlo y darlo por muerto una vez más...

Se devanaban los sesos los amigos y familiares del Alcalde por hallarle cura al mal crónico del Niño. Y cuanta medicina o método se ensayaba, había de salir fallido. Hasta que por fortuna, vino el tío abogado de la capital, e informado de las dificultades con *Foncho*, se encargó, en persona, del tratamiento del caso... Salió un día el tío Augusto, llevando de paseo a *Foncho*. Y después de mucho conversar, y de alabarle la peluquita castaña clara que se gastaba, y de decirle que su pelito, por lo fino, lustroso y ensortijado, era lo más lindo que él había visto en su vida en materia de cabellos de niño, se lo llevó a una tienda a comprar pastillas. Un poco después, el tío abogado dispuso entrar a una peluquería a hacerse la barba. Sentado en una silla, engullendo confites a más no poder, lo esperó pacientemente *Foncho* (el tío Augusto era de las pocas personas que le inspiraban a *Foncho* respeto y admiración ilimitados...; y por él, hasta era capaz de estarse quieto *Foncho*...). Cuando el tío Augusto terminó, el barbero tomó en brazos a *Foncho* y le informó de que por orden de su tío Augusto, él se iba a tomar el trabajo de arreglarle la peluquita castaña y linda suya, a la moda capitalina; a lo cual, cedió muy gustosamente el chico. Y mientras el peluquero trasquilaba despiadadamente la peluquita, y el desprevenido *Foncho* consumía confites, el tío Augusto se estuvo contando historias muy bonitas sobre la vida y hechos de los niños de la ciudad, y las diversiones y juegos de éstos,

etc., etc. Cuando el peluquero terminó, la peluquita había desaparecido. El tío Augusto, antes de permitir que *Foncho* se mirara al espejo grande de la peluquería, se puso a darle explicaciones, en un tono muy sentencioso y regañador: El había ordenado que le cortaran el pelo al rape, para castigo y ejemplo, y para que se dejara de ser andarín y callejero, y todas esas cosas malas y vergonzosas que eran de su predilección...; y que ahora, así pelado "al coco" tendría más escrúpulos en salir a la calle, pues todo el mundo al mirarlo se reiría de él... Y ahora su sobrino *Foncho* tendría que esperar que le creciera la peluca otra vez; y si cuando le hubiera crecido, aún no se había compuesto absolutamente, él, el tío Augusto, ordenaría que lo volvieran a trasquilar inmediatamente...

¿Qué vio *Foncho* en aquel espejo de la peluquería? Un niño, ciertamente; pero ese no era *Foncho*, era un niño que tenía la carita muy afligida y pálida, y un *pucherito* muy tembloroso y triste en la boca; y una cabecita monda y lironda como bola de billar, o como calva de viejo... ¿Y dónde estaba *Foncho*? Se llevó las manos a la cabeza, y sintió el contacto como de cepillo de su pobre pelito rapado. Miró al espejo otra vez, y notó que el muchachito triste también tenía las manos en la cabeza... El niño feíto ése, era *Foncho*, ¡sin pelo!... Y "*Foncho sin pelo*" se echó a llorar con tanto sentimiento y tal cantidad de sollozos, que el tío Augusto tuvo que llevárselo a casa en brazos... "*Foncho sin pelo*" lloró mucho todo el día, y no probó bocado, y anduvo escondiéndose de todo el mundo, inclusive de "Pingüili", quien, de primer golpe, lo desconoció y se puso a llorar cuando lo vio pelón... Y por varios días, "*Foncho sin pelo*" estuvo muy callado y raro, y muy evasivo, con todas las trazas y aires de confusión de un recluso verdaderamente avergonzado de su condición...

Hasta que un día la *Madrina Lela* vino a verlo, trayéndole muchos regalos y juguetes. Pero "*Foncho sin pelo*" rehusó besarla y decirle "el bendito", y aún llamarla madrina; y, muy serio, se puso a explicarle: El no era *Foncho*, su ahijado de ella; *Foncho* era un niño callejero y muy malo que tenía una peluquita muy linda; él, en cambio, era un niño feíto, pero muy bueno, que ni siquiera se asomaba a la calle, y que se estaba quieto en casa, y no cogía cosas sin permiso, ni nada de eso...; y el nombre de este otro niño que ella no conocía, era *Fonchingale* (!!!) ¿No lo sabía ella? Pues sí, él era *Fonchingale*, el niño bueno, feíto... "*Foncho peluquita*", niño bonito y malo, y callejero, se había perdido...

La *Madrina Lela* pareció muy interesada en las explicaciones de *Fonchingale*, y cuando éste hubo acabado, después de mirarlo muy detenidamente como a persona extraña, le aseguró que, en verdad, se trataba de *Fonchingale*, otro niño muy distinto de *Foncho*; y que ella ya había echado de ver que era muy cierto que *Fonchingale* tenía

cara de niño bueno, pero sin ser feo; lo único que pasaba era que era distinto de *Foncho*...; y que aunque *Fonchingale* no tenía la peluquita, como *Foncho*, era un niño muy gracioso, y tenía una boquita muy linda, con unos dientecitos de ratón muy bien plantaditos, y unos ojitos muy matones y conquistadores...; y que además a ella le parecía que *Fonchingale* era como más hombrecito que *Foncho*; y que como los niños cuando van para hombrecitos no usan melenita, *Fonchingale* no estaba en necesidad de alguna; y, por tanto, no se podía decir que *Fonchingale* era feo... Otra cosa: a ella no le gustaban los niños malos; y menos, para ahijados; y por consiguiente si era cierto eso de que su ahijado *Foncho* era niño malo, ella no quería saber de él, nunca más; y más valía que se hubiera perdido... Pero ¿estaba seguro *Fonchingale* de que *Foncho* era un niño malo y callejero? ¿Conque sí? ¡Pues en buena hora se informaba! Ahora ese madrinazgo se había acabado. Sólo que como ella no se quería quedar sin ahijado, ojalá *Fonchingale* quisiera serlo en vez de *Foncho*, pues ella estaba dispuesta a adoptarlo, siendo como era mucho más merecedor que el otro, de su favor... ¿Quería *Fonchingale* ser su ahijado? Y como *Fonchingale* accediera, la *Madrina Lela* lo levantó entonces en brazos, y después de hacerle muchas caricias y de entregarle los presentes que habían sido destinados para *Foncho*, lo presentó al Alcalde y a su señora, así como a toda la servidumbre de la casa, como *Fonchingale*, su nuevo ahijadito, que era ya todo un hombrecito (¿no veían que no necesitaba de peluca como los niños chiquitos?...), y el ahijadito más inteligente y más gracioso que ella había tenido en su vida...; y ante todo, el ahijado más bueno del mundo... Mientras duraba la presentación, *Fonchingale* se encargó de confirmar lo de las alabanzas, mostrando con gran orgullo los dientecitos de ratón, y haciendo fiestas con los ojitos *capoteadores*... Le llovieron a *Fonchingale* los besos y los abrazos; y desde ese momento fue definitiva y solemnemente encargado del puesto y derechos caseros del terrible y perdido *Foncho andarín*.

¡*Fonchingale* nunca más tuvo ocasión de ver a *Foncho andarín*! *Foncho andarín* se había vuelto humito en la silla de una peluquería...

RODOLFO AGUILERA JR.

Nació en Panamá, el 27 de Febrero de 1906. Fué alumno de la Escuela de Artes y Oficios. En los Estados Unidos de América, donde vivió algunos años, estudió periodismo, actividad a la que dedica la mayor parte de sus energías. Es graduado en la Newspaper Photoengraving School of Chicago. Ha escrito, además de cuentos, novelas y ensayos de índole varia. En la actualidad es Director de la Imprenta Nacional.

Obra: Aspectos sociales, político-económicos de la vida panameña. 1932.

Pasó en Panamá la nueva (novela).—1935.

Minutos de una vida vulgar (novela).—1937.

El Dr. Llorent, anecdotario (en compañía de D. Korsi).—1937.

50 Millas de heroicidad.—1944.—Segunda Edición en 1949.

R O D R I G U E Z

La calle hierve en colores. Efervescencia de humanidad. Algarabía... Estridentismo ululante de bocinas y pitos. Pies presurosos que se atropellan, rompiendo un récord de velocidad y persistencia.

Vaho de alcohol digerido; eco de música sincopada con visión selvática, sudor, perfume y grajo. Gritos de alegría artificiosa y gemidos ahogados de pisotones... Resbalones y choque intencionado de sexos opuestos...

Los carros embisten la obscuridad plateada de la calle que, guiada por los faroles inmóviles, se pierde en otra oscuridad lejana, y sin remedio. Los caballos marcan el paso, arrastrando los desvencijados coches anacrónicos y el eco de sus golpes de acero sobre el pavimento se desmaya en el maremagnum viviente y sudoroso.

Incrustado en la concavidad de un ancho zaguán sin luz, Rodríguez mira, alejado, el espectáculo. Ansias enormes de unirse a la precesión humana, ímpetu gregario de seguir la fila, de sentirse vértebra de la enorme serpiente que se agita a lo largo de la acera.

No hay alegría en su alma. Ni siquiera anima en él una partícula de esperanza. Se siente abrumado por una amargura filosófica,

que lo impulsa a la abstracción, a la vida inerte y contemplativa, a mirar sin ver y a sentir sin esforzarse.

Tiene un hambre enorme que se inca en su orgullo con más fuerza que en su estómago. Maquinalmente mete una de sus manos en el bolsillo del ese pantalón suyo tan estoico y tan bueno, sabiendo que no encontrará nada sino el fondo largo y frío como un precipicio. Los dedos se mueven nerviosos en la concavidad de ese bolsillo, tan falto de personalidad, tan irresponsable, en el cual, desde hace días, no aloja la más misera moneda. Saca la mano que se asfixia en lo que a él se le antoja el hueco de una sepultura y se la pasa por la frente afiebrada. Es una autocaricia que bien podría ser una mujer complaciente. Cómo recuerda sus noches de desesperanza, cuando durmiendo en las frías bancas del Lesseps ha sentido bajo la taumaturgia del deseo palpitar de amor la fría piedra que él arropaba con su cuerpo...

Si él pudiera esta noche de fiestas... En esta noche tibia y alegre que predispone a la parranda... Pero es inútil hacerse ilusiones.

Regresa su pensamiento del palacio dorado de su fantasía y se encara con la dura realidad... Allí está él, como perro sarnoso, acurrucado en un rincón sin luz, viendo con sus ojos apagados cómo la vida magulla su dolor...

* * *

Elena baja las escaleras pausadamente. Se siente cansada. Sus piernas languidecen bajo el peso de su cuerpo. Las bellas formas de la prostituta se señalan mejor dentro del tul de su vestido que como una caricia se ciñe sensual sobre su carne morena y palpitante.

Una joyería esplendente hace juego a su bello rostro en donde el vicio oculta su faz, avergonzado y vencido por el polvo de arroz y el colorete.

Va Elena en busca de aire fresco. Ahita está de brazos sudorosos, de estremecimientos comerciales, de vender amor sin descanso en esa noche de fiesta.

Se incrusta en la multitud, que se mueve incesante en un palpitante inconmensurable. Se deja llevar. Sobre su cuerpo se aplastan otros cuerpos de hombres y mujeres.

Siente que se le oprime el pecho, que se le rompen las costillas. Su cerebro le golpea con un martilleo intermitente...

No puede más. Haciendo un esfuerzo supremo se tira a un lado rompiendo la muralla de carne que se abre como un racimo ante el esfuerzo de la muchacha que se precipita, casi sin aliento, al fondo de un zaguán sin luz, que la recibe generoso en un abrazo de silencio.

Rodríguez, que es una sombra, la mira a su lado con sus ojos sin luz...

Errátil, su bello cuerpo busca el apoyo de la pared desnuda. Allí, por un instante, cierra sus párpados cansados, mientras afuera, como un torrente, ruge de placer la multitud.

Rodríguez se le acerca. Reconoce en ella a la mujer fácil y dispuesta. En sus noches de insomnio, cuando arrastrando sus zapatos sin suelas por la Avenida Central asesinaba al Tiempo, se las ha encontrado por decenas, con su inseparable cartera de colores bajo el brazo, que es como el cartel en que se anuncia el alquiler de una hora de ilusión sintética.

La mujer, abiertos ya los ojos, pretende huir, pero la mano de Rodríguez, abierta como una garra, la aprisiona por el brazo carnoso y tibio:

—No huyas. No te haré daño. Sólo quiero saber por qué has entrado aquí...

La voz de Rodríguez es acariciadora. Elena se estremece bajo la incoercible sensación de esa caricia del desconocido. Afloja su cuerpo. Relaja sus músculos. El temor ha huído acobardado...

—Me sentía desamparada, sola en el inmenso gentío. Me sentí desfallecer...

El ambiente se torna tibio. La confianza y la simpatía van arrojando fuera, a la calle, la frialdad.

Los ojos de Rodríguez se posan sobre las manos de Elena. Varias sortijas de diamantes destrozan, como vestigios de su vida derrotada, con intermitencias de sol, la obscuridad del zaguán. Ligófilo, Rodríguez aprecia en toda su intensidad la riqueza de esa pedrería inerte.

Regresa el temor, que había salido, al cuerpo de Elena.

—No me hagas daño —musita con voz imperceptible—; déjame ir. Te doy la que quieras, la más hermosa...

Rodríguez, a pesar del hambre que como una araña le cosquillea el estómago, sonríe. Y piensa: "Qué noche, qué lugar, qué oscuridad, qué oportunidad más bella para un asesinato..."

—Yo no soy un ladrón —dice en alta voz—, pero puedo robar-te. Si me diera la gana te ahogaría con mis manos y nadie sabría nada...

—¿Qué quieres, entonces? Déjame ir, por favor.

La voz de Elena es ya un quejido desfalleciente. A sentido el sople frío, como una lápida, de la tragedia y de la muerte.

—Yo no soy un ladrón —continúa la voz de Rodríguez—, pero soy un hombre. Si quisieras...

Hay un silencio. Después un susurro...

—¿Aquí...?,

Y en el zaguán oscuro, húmedo y tétrico, en donde la muerte rondó por un instante, el amor callejero, ese amor tan fácil y tan peligroso pero tal vez el más sincero, encontró esa noche de fiesta su lecho nupcial...